

XI

Algunos años después, una alegre velada tenía lugar en una linda habitación situada en la calle de la Magdalena de la coronada villa.

Los balcones de un cuarto principal estaban abiertos, y dejaban escapar una viva luz producida por muchas bujías.

Eran las ocho de la noche y el mes de Junio, por lo que el crepúsculo alumbraba aún con sus últimas y melancólicas tintas la inmensidad de los cielos, reflejándolas en la tierra; en esa hora melancólica parece que el alma se aísla de todos los dolores del mundo y busca su patria en un más allá que nunca alcanza.

Así debía pensar una mujer joven aún y bella, que, asomada al mirador de cristales de un hermoso palacio situado enfrente de la habitación iluminada, miraba ya á los balcones, ya á la bóveda celeste; una sonrisa triste, y una lágrima más triste todavía, aparecieron en los ojos y en los labios de aquella mujer, cuyo traje de casa era rico, y aún más que rico, elegante y distinguido.

Ceñía su talle, esbelto y flexible como una palma, una bata de merino blanco y finísimo, cerra-

da con lazos de cinta rosa, y sobre sus cabellos negros, sedosos y abundantes iba prendida una toquilla de encaje blanco con alfileres de perlas finas.

¿Qué tendría aquella mujer bella, rica, joven? ¿Por qué se retrataba en su semblante tan profunda pena? ¿Qué dolencia del espíritu la aquejaba? Pronto lo sabremos.

Hacia algunos instantes que se hallaba apoyada en el mirador, cuando en uno de los balcones de la casa iluminada apareció otra mujer: era de estatura apenas mediana, y en uno de sus hombros se advertía una prominencia; pero su traje negro era tan elegante en su corte y hechura, que si no borraba, encubría mucho este defecto.

Por lo demás, el semblante de aquella joven, pues contaba, á no dudar, bastante menos edad que la que se hallaba en el mirador, el semblante de aquella joven era expresivo, simpático, inteligente y dulce como pocos; podría decirse de ella lo que un hombre de gran talento ha dicho de una escritora de nuestros días: «No es una mujer hermosa: es una criatura singularmente atrayente y simpática.»

Grandes ojos negros alumbraban su rostro oval de un cutis aterciopelado; espesas madejas de cabellos rizados guarnecían su frente, y se agrupaban en lo alto de su cabeza, artística é inteligente, alrededor de un peine de oro cincelado; su vestido de faya negra dibujaba bien un talle delgado y,

á pesar del defecto de su hombro, elegante y distinguido; abierto en el pecho, dejaba escapar una ola de encajes blancos y delicados, que se repetía en las mangas y acariciaba sus pequeñas y blancas manos.

—¡Laura!—exclamó la joven contrahecha, con voz dulce y con acento de asombro;—¿aún estás así? ¿No te vistes?

—No, hermana mía—contestó la de la bata blanca:—no voy.

—¿Que no vas á venir?

—¡No!

—Pero, ¿por qué?

—¡Estoy muy triste!

Siguió un instante de silencio: se conocía bien que la joven de la casa iluminada comprendía el motivo de la tristeza alegada por su hermana.

Ésta, á cuyos ojos habían asomado algunas lágrimas, sacó del bolsillo de su bata un pañuelo de batista, y lo llevó á los ojos.

—Perdóname, querida Melania—dijo:—no voy porque el aspecto de tu fiesta me haría más desdichada. Mi marido no ha vuelto desde ayer.

—¿Es posible?—exclamó Melania.

—Esto lo hace muchas veces.

—Ábreme la puerta, que voy á tu casa—dijo la hermana menor; y desapareció del balcón con aquella graciosa viveza que le era natural.

Un instante después estaba al lado de Laura; y creeríamos hacer una injuria al lector á no supo-

ner que había conocido en estas dos jóvenes á las hijas del banquero.

—¡Ingrata!—exclamó dulcemente Melania llevando á su hermana á un sofá, sentándose á su lado y estrechando su mano.—¡Ingrata! ¿Tan poco me quieres que me ocultas tus penas?

—¡Ay! ¡Nadie puede remediarlas! ¿Á qué decir-
las?—suspiró Laura, inclinando la cabeza con abatimiento.

—Pero comunicado, el dolor se hace más llevadero; si yo sufriera, te lo diría.

—Felizmente, no sufres: tu marido te adora; y el mío ya se ha cansado de mí hace tiempo.

—Es que yo elegí un hombre de una edad en que ya no se hacen locuras—contestó Melania;—es decir, no elegí—añadió corrigiéndose graciosamente:—con mi figura no podría *elegir*, y gracias que *hallé* un hombre honrado que miró más á mi alma que á mi cuerpo; como él ya tenía cuarenta años, y además tenía talento y corazón, no vacilé en aceptarle. Su salud delicada necesitaba un cuidado constante; aunque yo creo que me eligió para enfermera, después ha llegado á quererme.

—Te adora—repuso Laura,—pero tú eres digna de ello: no se puede estar impunemente al lado de un ser tan noble, tan inteligente, tan adorable como tú, hermana mía. ¡Ah!; ¡qué tristes años los que hemos pasado sin tí, los que te hemos desdenado! ¡Tú eres el tesoro de la familia, y como

dice nuestro padre desde que te conoce, «el alma de nuestra madre se halla encerrada en ti!»

—¡Basta, basta, señora adulatora!—exclamó Melania con una risa que enseñó dos filas de perlas entre dos cintas color rosa.—Todo eso no me dice por qué no vienes á mi pequeño concierto; piensa que es en celebridad de los días de mi marido.

—¡Ya te he dicho que estoy muy triste!

—Así te distraerás. ¡Ven, Laura! Fernando, mi excelente esposo, le hará oír un buen sermón á tu marido; yo te lo aseguro.

—¡Sólo tengo ganas de llorar!

—Con llorar sólo adelantarás ponerte fea, y tu marido te ama por bonita. Si no te ven en mi casa esta noche, creerán las gentes que desdeñas venir á ella porque eres Marquesa y rica, y yo estoy casada con un modesto oficial de un Ministerio. Sí, hasta mi buen Fernando lo creará así.

—No digas más—repuso Laura:—olvidaré mis penas é iré contigo. Pero, ¡ay!; no es sólo la indiferencia de mi marido lo que me atormenta: es el porvenir de mis pobres hijos. ¡Melania, creo, temo que mi marido esté arruinado!

—Tu imaginación se halla exaltada; más arruinado que llegó á estar nuestro padre, no estará tu marido.

—Pero ¿dónde hallará él el ángel salvador que Dios envió en tí á nuestro padre? Gracias al inesperado socorro que por tu medio le envió la Pro-

videncia, ha podido retirarse á su país después de saldadas todas sus deudas, y vive allí en compañía de su esposa, que le ama... Pero nosotras...

—Nuestro padre vendrá en tu ayuda. ¿No sabes que siempre te he amado con el alma?

—¡Ah, Melania!; no olvida que le abandoné en la desgracia. Ahora que ha llegado mi desventura...

—La remediará en lo que pueda, y yo también: aunque poco, tenemos algún dinero ahorrado; Fernando me ama y me lo dará para ti.

—¡Tú eres la dulce Providencia de la familia!— exclamó Laura.—Tú, á quien todos hemos abandonado. Dios lo ha dicho: «Los últimos serán los primeros».

—Vamos, vístete, Laura—exclamó Melania.— Fernando va á llegar, y es preciso que nos halle á las dos en casa; allí hablaremos como aquí. Vístete, y yo iré á ayudarte.

—Vamos antes á dar un beso á mis ángeles— dijo la Marquesa tomando el brazo de su hermana.

Atravesaron suntuosas estancias y después un largo corredor, al fin del cual se veía un elegante y espacioso gabinete. Un aya de edad madura y una doncella joven y bonita, entretenían á dos niños de distinto sexo. Ella, la mayor, podría tener siete años, y era una criatura bella como el amor: grandes ojos oscuros hacían contraste con un bosque de cabellos sedosos y dorados que sombrea su frente; su tez era blanca como las azu-

cenar, y su vestido, de piqué blanco de graciosa hechura, descubría sus rosados bracitos, sus hombros satinados y parte de sus piernas, descubiertas á la moda inglesa.

Un niño, también vestido de blanco y que contaría dos años menos, se hallaba de pie al lado de su hermana; ambos miraban las estampas de un libro de cuentos que les enseñaba el aya, mientras la doncella anudaba alrededor del talle del niño un ancho cinturón color de rosa.

Laura y Melania abrazaron y besaron á las dos criaturas, que les devolvieron tiernamente sus caricias, y la Marquesa las recomendó á los cuidados del aya, diciendo á la doncella:

—Ven á vestirme, Lucía.

La joven siguió á su señora: era la hija de la buena Felipa, que, aprendido ya del todo su oficio, había ido, en tanto preparaba sus galas de novia, á pasar unos días en casa de Laura, mientras su hermana, por la misma razón, estaba en casa de Melania.

La Marquesa se puso un traje de faya rosa pálido, que era el más sencillo de su guardarropa; unos pendientes y un collar de perlas; y, ya vestida, las dos hermanas atravesaron la calle y entraron en casa de Melania cuando ya la noche había sucedido á los últimos resplandores del crepúsculo, y cuando ya los abiertos balcones dejaban escapar más vivos los resplandores de las luces encendidas para la fiesta.

XII

Melania—según ella misma nos ha dicho—no se había casado con un hombre opulento. No era tampoco un amante apasionado lo que la joven, á pesar de la hermosura de su rostro, había buscado y hallado: era un hombre de corazón y de razón á la vez, nada dichoso porque se hallaba enfermo, y que buscaba, más que una mujer enamorada, á lo que había renunciado hacía largo tiempo, una amiga cariñosa y una compañera indulgente y agradable para el camino de la vida.

Melania, educada en la escuela terrible de la desgracia, á pesar de su juventud, no alimentaba tampoco locas ilusiones; reunía á la vez buen juicio y viva imaginación, combinación encantadora que se halla pocas veces en las mujeres, y no se le ocultaba su deformidad; antes bien, se la exageraba. No obstante, debe advertirse que aquella deformidad no era ya grande, porque Melania, gracias á los cuidados de la buena Gertrudis, había crecido y se había desarrollado mucho, siendo casi tan alta como su hermana.

Cuando Melania llegó al lado de su padre y le vió enfermo y pobre, ya no quiso separarse más

de él; aquel premio de la lotería tan á tiempo enviado por el cielo á cambio de una camelia, había permitido al banquero poner algún orden en sus negocios. Melania no había salido ya de la casa paterna, y en ella la había conocido su marido, que la frecuentaba hacía algún tiempo á causa de varios negocios que tenía con las oficinas del banquero. Casi sin saberlo, Fernando amó al ser inteligente que embellecía la casa, que consolaba al anciano y al que su madrastra bendecía y amaba con ternura, agradecida á su inmensa bondad y á su generoso perdón.

Melania había llegado á ser el ídolo de todos, y sobre todo de su padre.

Su dulce influencia alcanzó el perdón de Laura, hija ingrata que había olvidado á su padre desde su casamiento; y esta misma influencia se extendió á Humberto, que también volvió, como el hijo pródigo, bajo el techo paterno, y se asoció á los negocios de la casa, trabajando en ellos con inteligencia y actividad.

El padre de Melania se avino al casamiento de ésta, convencido de las buenas condiciones con que se hacía. No es la pasión la mejor fundadora del matrimonio y de la familia: mejor la sostienen el cariño y la estimación, que es lo que siempre dura y lo que trae la tolerancia y la simpatía.

Después del casamiento de la hija menor, que se celebró con gran alegría de todos, el banquero arregló definitivamente sus negocios, y salió de

Madrid para ir á concluir el resto de sus días con tranquilidad á una capital de provincia, y Humberto hizo un casamiento espléndido con la hija de uno de los príncipes de la banca en París.

Quedaron en Madrid las dos hermanas, y Melania alcanzó de su marido irse á vivir enfrente del soberbio palacio de Laura. Pero, ¡ay!, bien pronto se pudo convencer de que el fausto de ésta no era ya, á fuerza de gastar, más que aparente, y de que la ruina amenazaba su casa.

Laura se había casado con un hombre que reunía todas las ventajas; pero educada para el lujo y la vanidad, ella le había ayudado á gastar locamente su fortuna, y el Marqués, para *no pensar* en la ruina que le amenazaba, se distraía con el juego, con la galantería, con las partidas de caza y con todos los recursos de la ociosidad opulenta.

El conocimiento de la frivolidad de su mujer le cansó, y al amor sucedió el hastío y la frialdad de corazón, no viendo en ella más que los defectos; porque no existe en la Creación un ser más cruel que un hombre cansado de una mujer, y más si este hombre tiene el carácter débil.

Llegó para Laura la hora de la desgracia y de las más amargas penas; su instinto de esposa y de madre le advirtió que el corazón de su marido se le escapaba, y no sabía qué hacer para retenerlo. Cuando sólo la hermosura es la base del amor, éste dura poco; flor que nace con la aurora,

llega á su apogeo en medio del día, y se deshoja por la tarde para no volver á revivir. Así, á medida que Laura, bella y admirada de todos, iba perdiendo el corazón de su marido, Melania, desheredada por los dones de la Naturaleza, y á la que no conocían ninguna de las brillantes amigas de su hermana, iba ganando terreno en el corazón del suyo.

Fernando mejoraba, y la animación y la vida aparecían de nuevo en su semblante.

¡Es tan dulce para el que posee un alma noble, la certeza de ser amado! El alimento del espíritu es además un manjar exquisito, al que ningún otro puede reemplazar después que se ha gustado, y Melania sabía alimentarlo mejor que nadie: complaciente, amable, encantadora por su viveza y por las gracias de su ingenio, nadie como ella sabía atraer y cultivar relaciones; nadie como ella sabía hacer amable el sosiego de la casa y el reposo del hogar.

La habitación en que penetraron las dos hermanas no se parecía en nada á los suntuosos aposentos del palacio de Laura; todo era sencillísimo, si bien muy elegante; el saloncito de recibo tenía de raso verde la sillería y las cortinas, realzado con madera negra tallada; lo mismo eran los espejos. Una araña guarnecida con follaje verde y campanillas azules y rosadas, pendía del techo cargada de bujías que esparcían, con muchos candelabros de cristal, una brillante luz; á cada

lado de este saloncito había un gabinete vestido de raso color de cereza, y alumbrado también con lámparas de flores; las cortinas de estos gabinetes eran de muselina blanca bordada, y de una sencillez encantadora.

Veíanse flores por todas partes: las flores encerraban dulces recuerdos del corazón de Melania, porque á ellas debía toda su felicidad. Las camelias del *Jarrón de la China* habían librado á su padre de la ruina; la modesta, la humilde albahaca había sido su compañera, y su perfume había embellecido la morada que le ofreciera la caridad en casa de los pobres artesanos.

Ya se hallaban aquellos aposentos, modelos de una elegante sencillez, ocupados por algunas personas invitadas, á las que Fernando hacía los honores de la casa, esperando impaciente á su mujer; los hombres vestían correctamente de negro, y las damas, por lo adelantado de la estación, llevaban telas ligeras, trajes blancos en su mayor parte.

Algunas jóvenes cantaron piezas de música; otras personas de más edad ocuparon las mesas de tresillo y de *ecarté*.

En el hueco de un balcón hablaban algunas jóvenes:

—¿No hallas muy desmejorada á la Marquesa?
—preguntó una señalando á Laura, que, pensativa y triste, miraba sin cesar á la puerta.

—Muy desmejorada, en efecto—contestó la interpelada.

—Casi no es ya bonita.

—Nunca lo fué gran cosa.

—¡Oh!; en cuanto á eso, ha sido encantadora —observó un caballero que escuchaba esta conversación.— Señoritas—añadió,—piedad para el vencido, y no le hagáis la injuria de dudar de su valor.

—¿Laura está vencida?

—¡Laura, tan orgullosa!

—¡Tan soberbia!

—¡Tan petulante!

—Me explicaré—dijo el que había hablado;— me explicaré si ustedes me lo permiten.

—Hable usted.

—Y pronto.

—¿En qué consiste la derrota de esa orgullosa beldad?

—En que han pasado algunos años desde que empezó á brillar, y ya va eclipsándose, sobre todo, ante tanta belleza aquí reunida. Nuevas bellezas han ocupado su sitio. Todo pasa en el mundo.

—Todo, menos una cosa—repuso una señora anciana que, sentada á alguna distancia del alegre grupo, escuchaba con aire indulgente y casi compasivo la conversación.

—Sí, amigos míos—continuó;—todo pasa, menos el respeto, el amor, la admiración á la virtud; la galantería es inconstante, y sólo se ocupa de la belleza, de la juventud, de las ventajas exteriores;

pero el afecto, la estimación, el respeto, son para todas las situaciones de la vida, son los frutos para la edad madura de las virtudes que hemos practicado y amado, dejando un poco la frivolidad para ocuparnos de ellas. Sed ahora indulgentes, caritativas, amables para todos, y seréis para siempre amadas.

—¡Oh!; mi madre tiene el derecho de hablarnos así—exclamó con ternura una de las jóvenes presentes.—Se quedó viuda á los veinticuatro años, con tres hijas, y no quiso nunca volver á casarse, ni más amor que el nuestro.

—Deben ustedes, pues, á su madre todas las adoraciones que merecía, y de que por ustedes se ha privado—dijo gravemente uno de los jóvenes caballeros que se hallaban presentes.

—Y se las damos, amigo mío—respondió la que había hablado.—Sí, adoramos á nuestra buena madre. Mis hermanas, casadas ya, han aprendido de ella el modo de educar á sus hijos; yo no buscaré nunca más noble modelo.

—Laura—observó otro de los presentes—debe su desgracia y el desvío que hoy le manifiesta su marido, no á malas cualidades, no á falta de dignidad en su conducta.

—¡Oh, no!—exclamó vivamente aquella madre ejemplar, que se había hecho presente para enfrenar algún tanto la acerba crítica que allí se había iniciado.—Laura ha sido un modelo de esposas honradas.

—Por orgullo—dijo una de las señoritas, cuyo rostro de ángel parecía responder de la más dulce indulgencia.

—Por falta de corazón—añadió otra.—Hay virtudes que deben estimarse en poco.

—Sea como quiera, ella ha sido siempre esposa fiel y buena madre—dijo gravemente la anciana.—Al ver ahora mismo su admirable hermosura, ¿se podrá dudar que haya inspirado algún sentimiento de amor, ó siquiera de galantería? Su marido mismo no lo dudará, y lo que le ha hecho huir de su lado es el que está resentido por los excesivos gastos de su mujer y cansado del carácter frívolo de ésta.

—Ó acaso se hallará apasionado de otra.

—No lo creo—dijo uno de los jóvenes;—le he visto esta tarde con un aire tan sombrío, que no deja lugar á pensar que se ocupe de nada agradable.

—El matrimonio—dijo la anciana señora tras un rato de silencio,—el matrimonio es una cosa grave, como es una cosa grave la vida. Sólo en lo superficial se puede pensar y obrar superficialmente. Pero el matrimonio, hijas mías, y á vosotras más que al sexo fuerte me dirijo, es un lazo del que dependen la tranquilidad, la dicha, el honor de varias personas; es preciso, pues, mirarlo gravemente, y no descuidar detalle alguno que lo desacredite, que amengüe el respeto que merece, en primer lugar, de los que lo han contraído, y

después, de todos los demás. ¿Qué pensaríamos del que teniendo una hermosa casa, estuviera todos los días desmoronando un poco de sus adornos con una piqueta? El edificio perdería poco á poco todos los ornamentos que encantaban la vista, y al fin, á fuerza de soportar este trabajo de destrucción, vendría al suelo; tal es el matrimonio: un bello edificio al que adornamos al edificarlo, y al que luego muchos dejan destruir por la incuria, y otros destruyen por sí mismos con un bárbaro placer, quejándose después de la institución.

El esposo de Melania, que se acercó á la anciana presentándola el brazo para conducirla al comedor, interrumpió esta conversación, á la que los jóvenes de ambos sexos prestaban toda su atención, porque la bondad es la coquetería de la ancianidad, y una coquetería tan atractiva como la de la juventud, puesto que va derecha á conmovier el corazón.

Después del té, que era un pretexto para una delicada cena, se leyeron algunas poesías, se cantó alguna pieza más, y se terminó la agradable reunión á las dos de la mañana.

XIII

Laura volvió á su casa más angustiada de lo que había salido de ella.

¡Su marido no había vuelto, puesto que no había ido á casa de su hermana!

¿Qué sería de él? ¿Dónde estaba?

Muchas horas hacía que faltaba de su habitación, y la inquietud de la pobre esposa era cada vez mayor y más insoportable.

Melania y su marido la acompañaron; ¿cómo dejarla sola y abandonada á su dolor? En vano la hermana cariñosa, cuyo talento estaba lleno de recursos ingeniosos, trataba de tranquilizarla; no hallaba frases que decirle para darle alguna esperanza.

Cuando menos se esperaban, y ya á más de las tres de la mañana, resonó la campanilla de la puerta de entrada.

Laura, ansiosa é impaciente, corrió á abrir aquella puerta.

Era su marido: su semblante estaba pálido y descompuesto; su torva mirada no se fijó siquiera en su mujer, que quiso abrazarle; con un gesto

maquinal la separó de sí, y se dirigió á su cuarto, cuya puerta cerró.

—¡Fernando, por Dios, entra!—exclamó Laura llena de terror.—¡Yo no sé lo que advierto en mi marido! ¡Parece que está loco! ¡Llama á la puerta á ver si te habla á ti!

El esposo de Melania fué á la puerta cerrada del cuarto del Marqués y llamó á ella; pero nadie respondió.

Pasados algunos instantes volvió á tocar, y tampoco obtuvo respuesta; disponíase á llamar más fuerte, cuando la más horrible contestación hizo caer sin sentido á Laura, y á su hermana desvanecida en una silla.

Estremeciendo la puerta y los cristales del cuarto del Marqués había sonado una detonación.

Avisado el alcalde del barrio, se abrió la puerta al instante: el esposo de Laura yacía en medio del cuarto.

Tenía el cráneo deshecho por un tiro en la sien.

No se encontró carta ni papel alguno que explicase resolución tan funesta.

.....

.....

La pobre viuda, que adoraba á su marido, perdió la razón, y durante muchos meses se creyó también que iba á perder la vida.

Cuando se conoció el estado de los negocios de la casa, se vió que el Marqués se hallaba completamente arruinado, y la venta de sus carruajes,

caballos y mobiliario bastó apenas para pagar á sus acreedores.

El padre de Laura no la desamparó en su dolor: vino á Madrid y se la llevó consigo; la niña fué con ellos, y el niño menor de Laura quedó al lado de Melania.

Vióse en aquella ocasión que la familia no es una palabra vana, y que en los días del dolor es el refugio y el consuelo. El padre y el hermano de Laura vinieron en socorro de ésta y de sus hijos; cada uno allegó á esta buena obra una cantidad; y Melania y su excelente esposo pusieron en ella todos sus ahorros.

¿Y Gertrudis? ¿y su marido? Ambos á dos, y sus dos ancianas y buenas madres, fueron las personas de confianza de las dos casas; esta honrada familia se encargó de establecer de nuevo á Laura en Madrid, donde tenía que estar para la educación de sus hijos, de servirla, de acompañarla.

Carlota y Lucía, casadas también, aumentaron aquella honrada pléyade de amigos, más que de servidores.

Laura acudió al trabajo para aumentar los recursos que la pequeña renta que le había dado su familia le proporcionaba; sabía pintar, y quiso perfeccionarse, dándose el espectáculo de una Marquesa joven y bella que se dedicaba al arte.

Jamás quiso volverse á casar, aunque pudo hacerlo con grandes ventajas. Su amor fueron sus

hijos; su amistad, su familia; su esperanza, Dios.

Su vida fué pura, digna, tranquila, y animada sin cesar por la dulce influencia de Melania, que nunca dejó de amar á su hermana, tan feliz cuando ella estaba abandonada de todos, tan desdichada después por la inmutable justicia del que ha dicho: LOS ÚLTIMOS SERÁN LOS PRIMEROS.

FIN DE «EL JARRÓN DE LA CHINA»

ÍNDICE

	Páginas.
DEDICATORIA.....	VII
AL LECTOR.....	IX

LEYENDA PRIMERA

La mayor de las victorias.....	II
--------------------------------	----

LEYENDA SEGUNDA

El jarrón de la China.....	125
----------------------------	-----

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

Preciados, 48.—MADRID

HISTORIA

COLECCIÓN DE LIBROS Y DOCUMENTOS REFERENTES Á LA HISTORIA
DE AMÉRICA

Esta *Colección*, formada por obras inéditas é impresas de gran rareza, se publica por tomos, elegantemente impresos, y se venden á 7 pesetas cada uno para los suscriptores y á 10 pesetas sueltos.

OBRAS PUBLICADAS

- I.—**Figueroa** (P. Francisco).—Relación de las Misiones de la Compañía de Jesús en el país de los Maynas.
- II, III y IV.—**Gutiérrez de Santa Clara** (Pedro).—Historia de las guerras civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias.
- V y VI.—**Alvar Núñez Cabeza de Vaca**.—Relación de los naufragios y comentarios. (Aumentada con documentos inéditos.)
- VII.—**Hernández** (P. Pablo).—El extrañamiento de los Jesuitas del Río de la Plata y de las Misiones del Paraguay por decreto de Carlos III.
- VIII.—Relaciones históricas y geográficas de la América Central. (Contiene: Relación histórica y geográfica de la provincia de Panamá, por Juan Requero Salcedo, 1640.—Descripción de Panamá y su provincia, sacada de la Relación que por mandado del Consejo hizo y envió aquella Audiencia, 1607.—Relación del reconocimiento geométrico y político de la Costa de Mosquitos, practicado por Antonio Porta Costas, 1790.—Varias noticias del Río de San Juan, etc., etc., 1791, 1804.—Relación verdadera de la reducción de los indios infieles de la provincia de la Taguisgalpa, llamados *Xicagues*, etc., Guatemala, 1674.—Tres documentos más referentes á los mismos *Xicagues*, 1676 y 1779.—Descripción de la provincia de Guatemala, por Juan Pineda, 1594.)

- (X.—**Zorita** (Alonso de).—Historia de la Nueva España (siglo XVI).
 X.—**Gutiérrez de Santa Clara**.—Volumen IV. Historia de las guerras civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias.
 XI.—**Charlevoix** (P. Pedro Francisco Javier).—Historia del Paraguay, con las anotaciones y correcciones latinas del P. Muriel, volumen I.

EN PRENSA Y EN PREPARACIÓN

Lozano (P. Pedro).—Descripción corográfica del Gran Charco.
Alburquerque y Coello (Duarte).—Memorias diarias de la guerra del Brasil, por discursos de nueve años, empezando desde el MDCXXX.

COLECCIÓN DE LIBROS RAROS Ó CURIOSOS QUE TRATAN DE AMÉRICA

- I.—**Xerez** (Francisco de).—Verdadera relación de la conquista del Perú. Reimpreso fielmente de la edición de Sevilla, 1533: Madrid, 1891. Un tomo en 8.º, 2 ptas.
 II.—**Acuña** (P. Cristóbal).—Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas. Reimpreso de la edición de Madrid, 1644: Madrid, 1891. Un tomo en 8.º, 4 ptas.
 III y IV.—**Rocha** (Andrés).—Tratado único y singular del origen de los indios del Perú, Méjico, Santa Fe y Chile. Reimpreso de la edición de Lima, 1681: Madrid, 1891. Dos tomos en 8.º, 6 ptas.
 V y VI.—**Colón** (Fernando).—Historia del Almirante D. Cristóbal Colón, en la cual se da particular y verdadera relación de su vida y de sus hechos y del descubrimiento de las Indias Occidentales, llamadas Nuevo Mundo: Madrid, 1892. Dos tomos en 8.º, 6 ptas.
 VII.—**Ruiz Blanco** (P. Matias).—Conversión en Piritú (Colombia) de indios Cumanagotos y Palenques, con la práctica que se observa en la enseñanza de los naturales en lengua Cumanagota. Reimpreso de la edición de Madrid, 1690: Madrid, 1892. Un tomo en 8.º, 3 ptas.
 VIII y IX.—**Vargas Machuca** (Bernardo de).—Milicia y descripción de las Indias. Reimpresa fielmente según la primera edición hecha en Madrid en 1599: Madrid, 1892. Dos tomos en 8.º, 6 ptas.

- X.—**Palafox y Mendoza** (Juan de), Obispo de la Puebla de los Angeles.—Virtudes del indio. Reimpreso en Madrid en 1893. Un tomo en 8.º, 3 ptas.
 XI.—**Tres tratados de América** (siglo XVIII).—Madrid, 1894. Un tomo en 8.º, 3 ptas.
 Contiene.—Primer tratado: Relación histórica, política y moral de la ciudad de Cuenca y su provincia.
 Segundo tratado: Razón sobre el estado y gobernación política y militar de la jurisdicción de Quito en 1754.
 Tercer tratado: Diario de todo lo ocurrido en la expugnación de Bocachica y sitio de Cartagena de Indias en 1744.
 XII y XIII.—**Fernández** (P. Juan Patricio), de la Compañía de Jesús.—Relación—historia de las Misiones de los indios que llaman Chiquitos del Paraguay. Reimpreso de la edición de Madrid, 1726. Dos tomos en 8.º, 6 ptas.
 XIV y XV.—**Román y Zamora** (Fr. J.).—Repúblicas de Indias, idolatrias y gobierno en México y Perú antes de la conquista. Fielmente reimpresa según la edición de 1575: Madrid, 1897. Dos tomos en 8.º, 6 ptas.
 XVI, XVII, XVIII y XIX.—**Jarque** (Francisco).—Ruiz Montoya en Indias (1608-1652): Madrid, 1900. 12 ptas.
 XX.—**Sigüenza y Góngora** (Carlos de).—Infortunios de Alfonso Ramirez. Reimpreso de la edición de Méjico de 1690. Hernnepin. Relación de la América septentrional: Madrid, 1902, 3 ptas.

PRÓXIMO Á PUBLICARSE

- XXI.—**Cisneros** (Josef Luis).—Descripción exacta de la provincia de Venezuela: Valencia, 1764.

LIBROS QUE TRATAN DE FILIPINAS

- Montero y Vidal** (J.).—Novelas cortas, monografías, artículos literarios, poesías (costumbres filipinas), con un prólogo de B. de Melgar: Madrid, 1889. En 8.º, 4 ptas.
Morga (Dr. A. de).—Sucesos de las islas Filipinas. Nueva edición, enriquecida con los escritos inéditos del mismo autor, ilustrada con numerosas notas que amplían el texto, y prologada extensamente por W. E. Retana: Madrid, 1909-1910. En 4.º, 180 + 588 páginas y cuatro facsímiles, 20 ptas.

- Paterno (P. A.)**—Los Itas, con cuadro paleográfico de las islas Filipinas y otro del estado actual de escritura filipina en sus antiguos caracteres. Mangyanes de Mindoro. Madrid, 1890. En 8.º, 5 ptas.
- Ninay (costumbres filipinas): Madrid, 1885. Un tomo en 8.º, 3 ptas.
- Retana (W. E.)**—Archivo del bibliófilo filipino. Recopilación de documentos históricos, científicos, literarios y políticos y estudios bibliográficos: Madrid, 1895-1905. Cinco tomos en 8.º, 50 ptas.
- Bibliografía de Mindanao (epítome): Madrid, 1894. En 8.º, 2 ptas.
- Catálogo abreviado de la Biblioteca filipina: Madrid, 1898. En 4.º, 30 ptas.
- El periodismo filipino. Noticias para su historia (1811-1894). Apuntes bibliográficos, indicaciones bibliográficas, notas críticas, semblanzas, anécdotas: Madrid, 1895. En 8.º, 6 ptas.
- Estadismo de las islas Filipinas ó mis viajes por este país, por el P. Fr. J. Martiuez de Zúñiga. Publica esta obra por primera vez W. E. Retana: Madrid, 1893. Dos tomos en 8.º mayor, 25 ptas.
- Fiestas de toros en Filipinas (artículo): Madrid, 1896. Un folio en 8.º, 4 pta.
- Historia de Mindanao y Joló por el P. Francisco Combés. Ahora nuevamente impresa: Madrid, 1897. En folio, 30 pts.
- La imprenta en Filipinas (1593-1810). Con una demostración gráfica de la originalidad de la primitiva. Adiciones y observaciones á *La imprenta en Manila*, de J. T. Medina: Madrid, 1899. En folio, 40 ptas.
- Los antiguos alfabetos filipinos: Madrid, 1895. Un opúsculo en folio, 2 ptas.
- Aparato bibliográfico de la Historia general de Filipinas: Madrid, 1906. Tres tomos en folio, 450 ptas.
- Vida y escritos del Dr. José Rizal. Edición ilustrada con fotograbados. Prólogo y epílogo de J. Gómez de la Serna y M. de Unamuno: Madrid, 1907. En 4.º con 16 fotograbados, 42 ptas.
- Tablas cronológica y alfabética de imprentas é impresores de Filipinas (1593-1898): Madrid, 1908. En 8.º, 5 ptas.
- La censura de imprenta en Filipinas: Madrid, 1908. En 4.º, 3 ptas.
- De la evolución de la literatura castellana en Filipinas. Los poetas. Apuntes críticos: Madrid, 1909. 2,50 ptas.
- Sacianco y Goson (G.)**—El progreso de Filipinas. Estudios

- económicos, administrativos y políticos (parte económica): Madrid, 1884. Un tomo en 4.º, 4 ptas.
- Vila (F.)**—Escenas filipinas. Narraciones originales de costumbres de dichas islas, con prólogo de R. Ginard de la Rosa: Madrid, 1882. En 8.º, 2 ptas.
-
- Altamira (D. Rafael)**—La enseñanza de la Historia. Segunda edición considerablemente aumentada: Madrid, 1895. Un tomo en 8.º mayor, 5 ptas.
- De Historia y Arte. (Estudios críticos): Madrid, 1898. Un tomo en 8.º mayor, 5 ptas.
- Historia de España y de la civilización española. Cuatro tomos en 8.º, 24 ptas.
- Mi viaje á América (en prensa).
- Beltrán y Rózpide (R.)**—Los pueblos hispano-americanos en el siglo xx. Primer trienio, 1904-1903; segundo trienio, 1904-1906; tercer trienio, 1907-1909. En 4.º, 15 ptas.
- La expansión europea en Africa (1907-1909). (Política geográfica): Madrid, 1910. En 4.º, 2 ptas.
- Castro**—Resumen de Historia general. Obra de texto para uso de los Institutos, y de Real orden para las Academias militares, por el Dr. D. Fernando de Castro. Duodécima edición, aumentada y mejorada con mapas y grabados, por D. Manuel Sales y Ferré: 1878. Un tomo en 4.º, tela, 5 ptas.
- Resumen de Historia de España. Obra de texto para uso de los Institutos. Duodécima edición, aumentada con la Edad antigua, mapas y grabados, por D. Manuel Sales y Ferré: 1778. Un tomo en 4.º, tela, 3 ptas.
- Sales y Ferré (Manuel)**, Catedrático de la Universidad Central.—Tratado de Sociología. Evolución social y política. Esta obra, la primera en su género publicada en España, es un trabajo nuevo, original y profundo; contiene:
- Tomo I.—Punto de partida de la sociedad humana.
- Tomo II.—Del hetairismo al patriarcado.
- Tomo III.—El patriarcado y la ciudad.
- Tomo IV y último.—La Nación: Madrid, 1895. En 4.º, 25 ptas.
- Historia general. Obra premiada y elegida de texto por Real orden de 28 de Junio de 1884, en el concurso celebrado el 30 de Abril del mismo año por la Dirección general de Instrucción militar. Segunda edición corregida: 1905. Un tomo en 4.º, 7 ptas.

- Paterno (P. A.)**—Los Itas, con cuadro paleográfico de las islas Filipinas y otro del estado actual de escritura filipina en sus antiguos caracteres. Mangyanes de Mindoro. Madrid, 1890. En 8.º, 5 ptas.
- **Ninay** (costumbres filipinas): Madrid, 1885. Un tomo en 8.º, 3 ptas.
- Retana (W. E.)**—Archivo del bibliófilo filipino. Recopilación de documentos históricos, científicos, literarios y políticos y estudios bibliográficos: Madrid, 1895-1905. Cinco tomos en 8.º, 50 ptas.
- **Bibliografía de Mindanao** (epítome): Madrid, 1894. En 8.º, 2 ptas.
- **Catálogo abreviado de la Biblioteca filipina**: Madrid, 1898. En 4.º, 30 ptas.
- **El periodismo filipino**. Noticias para su historia (1811-1894). Apuntes bibliográficos, indicaciones bibliográficas, notas críticas, semblanzas, anécdotas: Madrid, 1895. En 8.º, 6 ptas.
- **Estadismo de las islas Filipinas ó mis viajes por este país**, por el P. Fr. J. Martínez de Zuñiga. Publica esta obra por primera vez W. E. Retana: Madrid, 1893. Dos tomos en 8.º mayor, 25 ptas.
- **Fiestas de toros en Filipinas** (artículo): Madrid, 1896. Un folleto en 8.º, 4 pta.
- **Historia de Mindanao y Joló** por el P. Francisco Combés. Ahora nuevamente impresa: Madrid, 1897. En folio, 30 pts.
- **La imprenta en Filipinas (1593-1810)**. Con una demostración gráfica de la originalidad de la primitiva. Adiciones y observaciones á *La imprenta en Manila*, de J. T. Medina: Madrid, 1899. En folio, 40 ptas.
- **Los antiguos alfabetos filipinos**: Madrid, 1895. Un opúsculo en folio, 2 ptas.
- **Aparato bibliográfico de la Historia general de Filipinas**: Madrid, 1906. Tres tomos en folio, 450 ptas.
- **Vida y escritos del Dr. José Rizal**. Edición ilustrada con fotografías. Prólogo y epílogo de J. Gómez de la Serna y M. de Unamuno: Madrid, 1907. En 4.º con 46 fotografías, 42 ptas.
- **Tablas cronológica y alfabética de imprentas é impresores de Filipinas (1593-1898)**: Madrid, 1908. En 8.º, 5 ptas.
- **La censura de imprenta en Filipinas**: Madrid, 1908. En 4.º, 3 ptas.
- **De la evolución de la literatura castellana en Filipinas**. Los poetas. Apuntes críticos: Madrid, 1909. 2,50 ptas.
- Sacianco y Goson (G.)**—El progreso de Filipinas. Estudios

- económicos, administrativos y políticos (parte económica): Madrid, 1884. Un tomo en 4.º, 4 ptas.
- Vila (F.)**—Escenas filipinas. Narraciones originales de costumbres de dichas islas, con prólogo de R. Ginard de la Rosa: Madrid, 1882. En 8.º, 2 ptas.
-
- Altamira (D. Rafael)**—La enseñanza de la Historia. Segunda edición considerablemente aumentada: Madrid, 1895. Un tomo en 8.º mayor, 5 ptas.
- **De Historia y Arte**. (Estudios críticos): Madrid, 1898. Un tomo en 8.º mayor, 5 ptas.
- **Historia de España y de la civilización española**. Cuatro tomos en 8.º, 24 ptas.
- **Mi viaje á América** (en prensa).
- Beltrán y Rózpide (R.)**—Los pueblos hispano-americanos en el siglo xx. Primer trienio, 1904-1903; segundo trienio, 1904-1906; tercer trienio, 1907-1909. En 4.º, 45 ptas.
- **La expansión europea en Africa (1907-1909)**. (Política geográfica): Madrid, 1910. En 4.º, 2 ptas.
- Castro**.—Resumen de Historia general. Obra de texto para uso de los Institutos, y de Real orden para las Academias militares, por el Dr. D. Fernando de Castro. Duodécima edición, aumentada y mejorada con mapas y grabados, por D. Manuel Sales y Ferré: 1878. Un tomo en 4.º, tela, 5 ptas.
- **Resumen de Historia de España**. Obra de texto para uso de los Institutos. Duodécima edición, aumentada con la Edad antigua, mapas y grabados, por D. Manuel Sales y Ferré: 1778. Un tomo en 4.º, tela, 3 ptas.
- Sales y Ferré (Manuel)**, Catedrático de la Universidad Central.—Tratado de Sociología. Evolución social y política. Esta obra, la primera en su género publicada en España, es un trabajo nuevo, original y profundo; contiene:
- Tomo I.—Punto de partida de la sociedad humana.
- Tomo II.—Del hetairismo al patriarcado.
- Tomo III.—El patriarcado y la ciudad.
- Tomo IV y último.—La Nación: Madrid, 1895. En 4.º, 25 ptas.
- **Historia general**. Obra premiada y elegida de texto por Real orden de 28 de Junio de 1884, en el concurso celebrado el 30 de Abril del mismo año por la Dirección general de Instrucción militar. Segunda edición corregida: 1905. Un tomo en 4.º, 7 ptas.

Sales y Ferré (Manuel).—Compendio de Historia Universal, edad prehistórica y periodo oriental: Madrid, 1885-86. Dos tomos en 4.º, 13 ptas. En preparación el tomo III, periodo griego.

Esta obra, que por la novedad del plan y lo sólido de la doctrina ha tenido universal aceptación, va á continuarse en breve hasta enlazarla con la que dejó escrita el inmortal maestro D. Fernando de Castro, titulada Compendio razonado de Historia Universal, que comprende:

Tomo I.—Los Germanos (476-1000).

Tomo II.—El Feudalismo (1000-1096).

Tomo III.—Las Cruzadas (1096-1300).

Estos tres tomos se venden juntos ó separados, á 5 ptas. cada uno.

- Prehistoria y origen de la civilización. Tomo I, Edad paleo-
tica, ilustrada con 78 grabados, 7,50 ptas.
- El hombre primitivo y las tradiciones orientales. La Cien-
cia y la Religión: Sevilla, 1881. En 8.º, 3,50 ptas.
- Filosofía de la muerte: Sevilla, 1881. En 8.º, 3,50 ptas.
- Civilización europea: Sevilla, 1887. 4 pta.
- Estudios arqueológicos. Necrópolis de Carmona: Sevilla,
1887. 2 ptas.
- Método de enseñanza: Sevilla, 1887. 0,50 ptas.
- El descubrimiento de América, según las últimas investiga-
ciones. Un tomo en 8.º, 3 ptas.
- La transformación del Japón: Madrid, 1909. En 8.º mayor,
3 ptas.
- Problemas sociales (en prensa).

Traducciones del Sr. Sales y Ferré:

- Historia de la Geografía y de los descubrimientos geográficos,
por Vivien de Saint-Martin. Dos tomos con mapas interca-
lados en el texto, 10 ptas.
- Historia política de los Papas, por Lanfrey: Sevilla, 1881. Un
volumen, 3,50 ptas.

Miller (Juan).—Memorias del General Guillermo Miller, al ser-
vicio de la República del Perú. Traducidas al castellano por
el General Torrijos: Madrid, 1910. Dos tomos en 4.º, con
vi + lli + 427 páginas, dos retratos, un mapa y 3 planos,
y x + 489 páginas, dos retratos, dos mapas, un croquis y
un plano, 60 ptas.

Los precios marcados son para Madrid y á la rústica.

